

RESEÑAS / REVIEWS

ENCARNACIÓN CASTRO PÁEZ, *De Tartesos a Hispania. Geografía y etnografía en la literatura greco-latina*, Bellaterra, Barcelona, 2023, 322 págs., ISBN: 978-84-18723-65-0.

En esta novedad editorial, presentada por la profesora E. Castro-Páez, el lector encontrará un repaso exhaustivo de toda la literatura geo-etnográfica referida a Iberia/Hispania, desde los inicios hasta Plinio. La autora apuesta por un enfoque desvinculado del historicismo esencialista que ha caracterizado tradicionalmente el estudio de la historia antigua de la península ibérica.

Esta perspectiva esencialista, cuya influencia aún se puede percibir hoy, ha motivado en la investigación histórica la búsqueda de los orígenes más remotos del pueblo hispano. Desde el punto de vista metodológico, las menciones a las etnias históricas en la literatura antigua se han considerado como referentes incontestables para reconstruir un mapa étnico primitivo y originario. Los historiadores, filólogos o arqueólogos se acercaban a los clásicos desvinculándolos de su contexto cronológico y literario, sin poner en duda sus referencias. Si los textos reflejan a tartesios, bastetanos, túrdulos o vetones, por ejemplo, su existencia quedaba fuera de toda duda. La labor de la arqueología consistía entonces en demostrarlo empíricamente mediante la búsqueda e identificación de la cultura material de cada etnia. Una vez identificadas, la vinculación se consideraba inmutable hasta su conquista por Roma, segundo pilar de esta peculiar visión de la historia antigua peninsular.

Más allá del esencialismo estructural, motor de numerosas deformaciones del pasado histórico, en la base de estos errores se encuentra, como decimos, la falta de un análisis del contexto literario de las descripciones de Iberia/Hispania, que ponga de relieve que estas cobran sentido dentro de la lógica interna del desarrollo de la literatura geográfica antigua. Como Gonzalo Cruz Andreotti se encarga de señalar en el preámbulo del libro (págs. 9-13), más que la realidad de la etnografía ibérica (en el sentido de una descripción exacta y rigurosa de la población autóctona peninsular), lo que las fuentes nos reflejan es muchas veces producto de su propia elaboración mental del espacio y el reflejo de tradiciones científico-culturales antiguas.

Sólo atendiendo a la necesidad de romper con las caducas metodologías a la que hemos hecho referencia, este estudio era más que necesario. Pero, además, la autora nos propone una nueva perspectiva histórica, resultado de este cambio

radical de modelo analítico. Las fuentes antiguas no son el reflejo de una geografía o una etnografía fija de la península ibérica, sino que tras sus descripciones se dejan ver múltiples procesos de cambio. Este dinamismo se debe, en primer lugar, al propio desarrollo de los pueblos llamados prerromanos, que lejos de permanecer «eternos», responden y se adaptan a procesos internos genuinos y a procesos exógenos. En segundo lugar, nuestras fuentes están condicionadas por el conocimiento de su propia época y las nuevas informaciones que pudieran recoger, y no están exentos de simples errores y malinterpretaciones. Lejos de mostrar una opinión unánime sobre la península, los antiguos discuten y polemizan entre ellos, evidenciando diferentes puntos de vista y opiniones. Resultado de todo esto es la necesidad entender el contexto de dichas fuentes: solo así se las valora correctamente en este proceso de cambio histórico. Hasta el presente libro, esta nueva perspectiva no se había llevado a cabo de manera conjunta y global.

La obra se divide en cinco capítulos, además de una Introducción y unas Conclusiones. El primero de ellos nos ofrece una primera aproximación necesaria, con un repaso general de las aportaciones y cambios más importantes de la geografía antigua desde época arcaica hasta Plinio. Este mismo ámbito cronológico es tratado de nuevo en las cuatro partes restantes, centrándose ahora en los momentos más importantes para la construcción de la antigua imagen de Iberia/Hispania. Cada uno de ellos finaliza, además, con una serie de útiles cuadros que recogen las referencias en las fuentes, poniendo de manifiesto el gran trabajo de erudición que hay detrás de este libro. Hagamos un breve repaso por cada uno de estos capítulos.

El primero se titula «La compleja génesis de un género literario: la geografía, un instrumento para explicar y dominar el mundo conocido» (págs. 23-53), y se inicia inmediatamente tras la Introducción (págs. 17-21). Desde un punto de vista epistemológico, E. Castro-Páez es consciente de las dificultades que plantea definir la geografía antigua de manera que podamos establecer claramente qué obras pertenecen a este género. Algunos trabajos encajan bien en lo que el lector moderno entiende como el dominio de esta ciencia: la cartografía alejandrina y sus continuadores, como Marino de Tiro o Ptolomeo. Sin embargo, la versatilidad de los géneros literarios antiguos nos lleva a recurrir también a la historia, la poesía e incluso al mito. Todos estos géneros, con objetivos y fundamentos filosóficos distintos, están llenos de referencias geográficas reales o ficticias que contribuyeron a construir la representación antigua del mundo. El variopinto catálogo de autores analizados en este libro, como los poetas arcaicos, Hecateo, Heródoto, Eratóstenes, Polibio, Tito Livio, César, Agripa o Estrabón, entre otros, es un ejemplo de ello. Además, esta representación no avanza de manera progresiva a medida que se «descubre» este nuevo mundo, sino que cada período y su contexto histórico crean su propia imagen geográfica. El resultado final es un crisol de perspectivas geo- cartográficas que también son históricas.

Así, comenzando por el punto de inflexión que resultó el fenómeno de la diáspora colonial griega (s. VIII-VII), se hace un repaso por las aportaciones más fundamentales: los primeros periplos relacionados con la navegación junto a las costas, las especulaciones de la filosofía o ciencia jonia y su mapa basado

en el orden geométrico, la primera cartografía histórico-política de la mano de Heródoto, la metodología matemática de la escuela alejandrina representada por Eratóstenes y, en fin, una geografía histórica vinculada a la expansión romana que tiene a Estrabón como máximo exponente.

Esta primera parte prepara al lector para un estudio más detallado de estas tradiciones en los siguientes capítulos, que se centran específicamente en el caso de la península ibérica. Además, ofrece en un mismo lugar una síntesis diacrónica, completa y didáctica, del pensamiento geográfico antiguo hasta Estrabón. Esto proporciona una visión general de los principales aportes y los cambios fundamentales de una tradición a otra. Por lo tanto, no solo es una buena introducción para este libro en particular, sino también para aquellos los lectores menos familiarizados con los estudios de geografía histórica.

El segundo capítulo lleva por título: «Entre *mythos* e *historía*: el extremo occidente desde los primeros testimonios hasta Eratóstenes» (págs. 55-87), donde comienza, como decimos, la geografía peninsular propiamente dicha. En él se analizan dos enfoques muy diferentes. El primero de ellos, y el más antiguo, se encuentra en la poesía y épica arcaica, siendo una de sus características la ubicación de los episodios de los mitos en las tierras de Occidente. A medida que se fue recopilando información sobre las costas de este lado del Mediterráneo, estas ubicaciones se fueron precisando. Paralelamente, se crearon clichés duraderos, como el carácter mítico de las islas Afortunadas o la presencia de héroes homéricos en suelo peninsular, de lo que encontramos referencias todavía en el Alto Imperio.

En las antípodas metodológicas de estos planteamientos se encuentran las elaboraciones geográficas y cartográficas de la escuela alejandrina, caracterizadas por su rechazo al mito como elemento explicativo y la asunción de los avances en el campo de las matemáticas. Sin embargo, el lugar exacto de Iberia en el mapa eratosténico sigue generando interrogantes, en parte debido a la actitud crítica que mantiene Estrabón, su principal transmisor, hacia él. Ante esta situación, E. Castro-Páez se propone analizar y contextualizar las críticas de Estrabón a Eratóstenes, con el objetivo de evaluar el avance real del conocimiento que este último representa. Así, descubrimos que en Eratóstenes podemos observar, aunque con ciertas limitaciones, un esquemático dibujo del occidente ecuménico, que incide en su vertiente mediterránea. Además, su aportación supone también la traslación del debate hacia aspectos mayoritariamente del ámbito cartográfico.

Entre estos dos diferentes modelos se encuentran las aportaciones de Hecateo, Herodoro y Heródoto. El trabajo de este último es el único al que podemos aproximarnos sin depender exclusivamente del corpus fragmentario y, por tanto, de transmisores con motivaciones diferentes de la obra original. La península ibérica, sin embargo, no es el centro de interés del historiador de Halicarnaso, y es por este motivo, además de por la propia y simple desinformación, que E. Castro-Páez explica la ausencia de un *λόγος Ἰβηρικὸς* en las *Historias*. A pesar de esto, se señala que Heródoto representa un cambio de concepción respecto al territorio más occidental, fruto de la propia experiencia histórica, siendo integradas las Columnas en una geografía real, dejando de ser el punto que marca el inicio de

lo desconocido para convertirse en un nudo de conexión entre los continentes de Europa y Libia.

El capítulo tercero se titula: «La irrupción de Roma y su reflejo en el imaginario griego» (págs. 89-122). El objeto de análisis es la geografía de Iberia de tres autores que conocieron el suelo hispano: Polibio, Artemidoro y Posidonio. La pérdida del libro xxxiv de Polibio obliga a una recopilación de datos a lo largo de todo el texto para poder concebir su imagen general de Iberia. Como destaca E. Castro-Páez, estamos ante un autor en el que convergen, por un lado, tradiciones geográficas griegas, aunque alejándose de la cartografía matemática desarrollada por la escuela alejandrina; y, por otro lado, una nueva visión determinada por la expansión del *Imperium Romanum*, que permite ofrecer una actualizada corografía de la ecúmene. Así, la Iberia de Polibio es definida a medida que Roma la conquista, entre la Segunda Guerra Púnica y las guerras celtibéricas, desde la costa hacia el interior. Como consecuencia de los límites del avance romano, esta Iberia sigue estando vinculada al área mediterránea (el punto de vista típico de la geografía helenística). Queda la duda, ciertamente, de si Polibio termina de concebir el conjunto del territorio como una península.

La descripción de Artemidoro presenta una problemática diferente, ligada directamente a su transmisión, que gira en torno a la naturaleza e interpretación del fragmento 21 de Stiehle y al famoso papiro, cuya autenticidad es aceptada también por E. Castro-Páez. En todo caso, cabe destacar que la típica visión de Iberia vinculada exclusivamente a la zona mediterránea parece llegar a su fin con este autor, donde con más seguridad Iberia e Hispania aparecen ya como sinónimos, nombrando el espacio desde los Pirineos hasta Gadeira, incluyendo ya las tierras más interiores. Además, aunque sin límites claros, se establece también una división de la Hispania romana en dos ἐπαρχεῖαι o *provinciae*, quizá ligadas aún al significado original del área de intervención de un magistrado con *imperium*. En todo caso, la geografía de Artemidoro supone la asunción de que la geografía de Iberia es la geografía administrativa impuesta por Roma. La geografía de la conquista comienza a dar paso a la geografía de la romanización.

Tenemos, por último, el papel de Posidonio en la construcción de las imágenes de Iberia, muy difícil de determinar, estando de nuevo condicionados por su transmisor y crítico Estrabón. En todo caso, la opinión de E. Castro-Páez es que la presencia de Posidonio en la obra de su transmisor, y en general en la construcción de la imagen sobre el occidente ecuménico, es mucho mayor de la que este habría estado dispuesto a admitir: Posidonio sería clave en la obra del de Amasia, por ejemplo, para actualizar o corregir errores cartográficos o para matizar alguna de sus apreciaciones etnográficas de sus predecesores Eratóstenes y Polibio.

En el siguiente capítulo, la autora se centra en las fuentes latinas que producen sus testimonios en el contexto de la paulatina integración de la península en el *Imperium Romanum*. Titulado «*Hispania pacata est*. El conocimiento geográfico y la conquista de la península» (págs. 123-180), se trata del capítulo más extenso del libro.

Para organizar su exposición, E. Castro-Páez comienza siguiendo la cronología

del relato de Livio. El contexto vuelve a ser, en primer lugar, la segunda guerra púnica, limitando de nuevo su geografía al frente mediterráneo hasta Gades. A continuación, Hispania cobra protagonismo en relación con los repartos anuales de cónsules y pretores, donde Livio proporciona una nueva evidencia de las divisiones provinciales. A partir de aquí, para abordar las guerras celtibero-lusitanas y sertorianas, debemos recurrir a las *Periochae*, junto con Apiano y Plutarco. Como característica general, tenemos la aparición de etnias y ciudades hispanas siempre en el contexto de su relación con Roma.

La segunda parte de este capítulo de centra en el análisis de Hispania en César y en los llamados *Tria bella*. E. Castro-Páez aborda estas obras tratándolas no como simples diarios de campaña, sino como un auténtico producto literario. En ellas, la geografía se encuentra fuertemente vinculada al relato político-militar. La autora busca reivindicar el lugar de César en la historia y la transmisión de la geografía antigua, subrayando el paso de una concepción griega a otra romana y planteando su posible uso por parte de Estrabón.

El capítulo cierra centrándose en el periodo augusteo, con la completa integración de la península en el sistema administrativo romano y el progresivo establecimiento de la ordenación provincial alto imperial. Esta concepción geográfica, genuinamente romana y ligada a la gestión de los territorios del imperio, es la que aparece en la obra de Plinio, deudora de los trabajos de Agripa y Varrón.

El quinto y último capítulo es el único que trata la geografía de un autor de forma monográfica: «Estrabón y su Iberia romana» (págs. 181-220), tratamiento más que lógico si tenemos en cuenta que Estrabón es el principal transmisor, si no el único, de la tradición geográfica que le precede. En análisis se organiza en función de lo que se denominan las grandes áreas corográficas peninsulares, descritas en el libro III del geógrafo de Amasia. Estas son: Turdetania, Lusitania, la costa de Calpe a Pirineos, Celtiberia y las islas, que abarcan tres archipiélagos, Baleares, Gades y Casitérides.

En resumen, podemos destacar dos aspectos interesantes de la Iberia de Estrabón subrayados por E. Castro-Páez. En primer lugar, una descripción que establece un centro-periferia en dos niveles. Por un lado, los centros urbanos o *póleis* como catalizadoras de los procesos de civilización de una población considerada como bárbara. Por otro lado, esta civilidad tiene su centro en Turdetania, diluyéndose conforme nos alejamos de ella hasta llegar a su contrapunto en Celtiberia. En segundo lugar, tenemos la construcción de una geografía que ensambla diferentes tradiciones desde Homero hasta Augusto. Así, por ejemplo, se integran en la descripción las tradiciones míticas más antiguas, no para superarlas, sino para hacer de ellas una parte sustancial del conocimiento histórico-geográfico, recurriendo a epónimos o a la evemerización de los relatos homéricos.

Así, tras cerrar con unas breves conclusiones (págs. 221-224), E. Castro-Páez pone fin a este repaso por la construcción de la geografía de la península ibérica. Llegados a este punto, podemos comprobar que el título escogido, *De Tartesos a Hispania*, refleja bien el tema y el planteamiento de este libro. Deja ver

que la atención se centrará en la perspectiva cronológica y en la importancia de los procesos históricos y cambios culturales que explican el paso de un término a otro: de Tartesos, visión griega vinculada a las concepciones míticas sobre el Occidente, a Hispania, es decir, la Iberia conquistada por los romanos e integrada en el sistema de las *provinciae*, de *coloniae* y *municipi*.

Un valor añadido de este planteamiento es que anula la base de las concepciones esencialistas sin siquiera tener que contraargumentarlas directamente. El libro permite entender globalmente los cambios y continuidades en el proceso de formación de la imagen de Iberia/Hispania, así como la importancia de la propia mirada griega. La consecuencia es que la imagen de los pueblos «eternos» y el clásico y fijo mapa étnico sencillamente se quedan sin espacio, dejan de ser útiles para la comprensión de la historia antigua de la península ibérica.

No podemos más que desear éxito a una obra que viene a ofrecer una auténtica perspectiva histórica de las visiones de nuestro pasado más remoto, esta vez desde el estudio de la geografía antigua, punto de vista que sobre la península se presenta por fin en una monografía única.

Antonio Terol Pacheco
Universidad de Málaga
<https://orcid.org/0009-0005-0344-6598>
aterol@uma.es